

prisioneros despidiéndose de ellos.

El Príncipe de Salm todo el día se ocupa de coordinar su fuga, para lo cual quitó con ayuda del centinela unas alcazatas del altar con objeto de colocarlas en el muro que cae a la calle de las "Machuchas" pero no lo ejecuta por falta de una reata.

18. Llega de S. Luis el Barón de Magnus y comunica con el Emperador. Este hace que el Dr. Basch haga una lista de los objetos de su uso que deseaba regalar a varias personas. Al príncipe de Salm le deja los gemelos que usó durante el sitio y a la Princesa, el abanico que usó los últimos días en su prisión.

A las once ~~y media~~ de la noche visita Escobedo al Emperador el que tiempo há está dormido.

Después pasó a ver a Mejía, quien le recomendó a su mujer y sus hijos. Mas tarde ofreció este su protección a la esposa de Mejía, pero ella la rechazó diciendo que era joven y fuerte para trabajar y sostener a sus hijos.

Por la tarde telegrafía el Emperador a Suarez pidiendo la vida de los generales, lo cual fué recusado por el presidente. La misma suplica hizo el Barón de Magnus a Lerdo de Tejada y también fracasó.

Escribe el Emperador a sus defensores dando les las gracias; a la vez también escribió a Suarez aunque con fecha de otro día.

19. A las tres y media se levantó el Emperador y se vistió esmeradamente de riguroso luto llevando un pequeño sombrero fieltro.

A las cuatro llegó el padre Soria de quien en había recibido ya los Sacramentos.

A las cinco se hizo celebrar una misa haciendo un altar provisional en el nicho del corredor frente a la puerta de la celda del Emperador.

A las tres cuartos para las seis almorzó. Como Escobedo temía se hicieran demostraciones y aun a una sublevación ordenó se hiciera la ejecución una hora antes.

Dando las seis el oficial encargado de conducir los prisioneros al patíbulo se presentó en la puerta y aun antes que hablase, se paró Maximiliano y dijo: "Estos listos" y salió de su celda adonde estaba rodeado de sus criados que le besaban la mano derramando lágrimas. El Emperador los consolaba diciendo: "Calmeuse; Es voluntad de Dios que yo muera y contra ella no nos podemos oponer."

Se cuenta que en esta vez al ver el padre Soria el oficial que venía por los prisioneros,

se cubrió con ambas manos el rostro afligiéndose sobremanera y quedaron invertidos los papeles consolando el Emperador al sacerdote.

Después se dirigió el Emperador á los celdos de sus compañeros y dijo con voz firme: "¿Están ustedes listos, Señores? Yo ya lo estoy."

Salieron los generales y entonces el Emperador los abrazó con efusión.

Mejía el valiente, el hombre arrojado que en mil combates había visto sonriendo la faz de la muerte estaba debilitado y cabizbajo en extremo.

Los tres bajaron la escalera, tomando la delantera con paso firme el Emperador.

Al llegar al cerro, no podía abrirse la portezuela del coche del Emperador y este sin esperar brincó al suelo.

El padre Tonia se desmontó como pudo. Sin embargo (dice Salm) el consolador necesitaba del consuelo de los sentenciados. Se sintió malo y el Emperador con mirada compasiva sacó de su bolsillo una botella de sales y se la dió á oler.

Se había fabricado en el lugar de la ejecución una pared de adobe un poco mas alta que en medio, indicando así el lugar destinado al Emperador.

En los momentos de colocarse en sus posiciones respectivas el Emperador dijo á Miramon

"Un soldado valiente debe ser honrado por su monarca aun en su última hora; por lo tanto permítame V. le ceda el lugar de honor."

Miramon se colocó en el centro, Mejía al lado derecho y Maximiliano á la izquierda.

Después Maximiliano se quitó el sombrero y limpiándose la frente con el pañuelo, ambos objetos los dió á su criado Tudos para que los entregase á su madre la archiduchessa Sofía.

A este tiempo se adelantó un oficial con siete soldados frente á cada uno de los generales.

En otro lugar se habían citado ya las alocuciones pronunciadas por el Emperador y Miramon.

Aunque Salm en sus memorias dice que Mejía dijo: "Viva el Emperador! ¡Viva México!" esto no es exacto; pues los demás escritores y aun personas que presenciaron el hecho, afirman que nada habló.

Mirando en su derredor el Emperador á un grupo del pueblo que lloraba les prodigó una sonrisa y afirmándose en su puesto colocó las dos manos sobre el pecho y esperó tranquilo la muerte.

Como al caer quedó con vida, el oficial lo volteó boca arriba y apuntando con la espada

sobre el corazon indicó a un soldado de ir a dar otro tiro.

Después de confirmada la muerte de los generales por los cirujanos, fueron envueltos los cadáveres en sabanas corrientes y colocados en cajas de viga por valor de veinte reales. El cadáver del Emperador no cupo quedando fuera parte de los pies.

Los cuerpos de los generales fueron entregados a sus deudos y el del Emperador lo recogió el gobierno, y fue confiado al coronel Palacios, el cual fue conducido entre dos cuerpos de infantería por las calles de la ciudad, cuyo espectáculo fue causa de grandes lamentaciones.

Dice Salm que un oficial republicano con pistola en mano le dijo en tono altanero a una mujer del pueblo que lloraba: "¿Y te porqué lloras, ¿a lo que ella contentó: "Lloro por mi Emperador." Entonces tomándola de la mano quiso arrestarla, pero ella infiriéndole una puñalada escapó.

Muchas personas fueron arrestadas por haber demostrado de una manera en extremo marcada su dolor.

"El comportamiento de los habitantes de Querétaro, (dice Salm) no puede en obsequio de la verdad ensalzarse y admirarse suficientemente.

Por espacio de cuatro meses habían sufrido los

morros del sitio. Las balas enemigas habían destruido sus casas y matado a muchos de sus parientes y amigos. Habían sufrido hambre, pesares y hambre, teniendo que pagar considerables contribuciones. Pero todo esto no bastó para disminuir su adhesión y amor al Emperador, lo cual les hace mucho honor."

"Las buenas gentes de Querétaro (dice el mismo) veneran al Emperador como santo martir."

Al caer el cadáver muchos queretanos empujaron sus pañuelos en la sangre del Emperador. "Otras se hicieron de otras reliquias, a gran disgusto de los republicanos."

Aun el coronel Palacios, enemigo acerrimo del Imperio, no pudo abstenerse de decir "Fue era de una alma grande."

El cuerpo fue colocado sobre una mesa en el cuerpo de la iglesia de Capuchinas, y el coro nel llamó adentro al Dr. Basch, los criados y un número de oficiales en su mayor parte franceses convalecientes prisioneros, y les dijo: "Mirad, esa es la obra de la Francia."

Poco después se presentó allí el medico superior del ejército liberal Dr. Privadeneira, acompañado del Dr. Licea el q traicionó a Miramón.

Le desnudó el cuerpo y preparó para embalsamarlo.

"Las escenas que allí tuvieron lugar (dice el

Capuchini
nas.
1867.

citado autor) están de acuerdo con la bajeza de
 alma de los presentes, y algunos por menores son
 tan repugnantes y atroces que no se puede ni ha-
 blar de ellos."

"Que los doctores hubieran ido a su tarea haciendo
 ruido, riéndose y fumando, puede perdonarse, y
 esto q̄ están acostumbrados a semejante trabajo, y
 no tienen la veneración que nosotros a los muertos
 pero nadie puede perdonar al Dr. Licea que dejó
 al enterrar su cuchillo en el cuerpo del Archid.
 que muerto: "Que gusto es para mí lavar me las
 manos con la sangre de un Emperador."

El coronel Palacios tocó con la mano la cabeza
 del Emperador y dijo: "Oh, quisiste ponerte corona
 en la cabeza, ¿Ahora ya estarás satisfecho, y
 tienes tu corona." y apuntando a dos basijas de
 de estaban puestos los intestinos dijo: "Esos
 se los debían dar a los perros."

El embalsamamiento duró una semana y el co-
 rzon del Emperador lo dejaron todo un día sobre
 una banca de la iglesia. Después se colocó el
 cuerpo en una caja mejor y quedó depositado en
 la misma iglesia.

El coronel Palacios se había apropiado el cañón
 campaña del Emperador y cuando se acostaba
 él, decía a sus camaradas: "Ahora si ya soy
 Emperador. ¿Que tal pareces de Emperador.?"